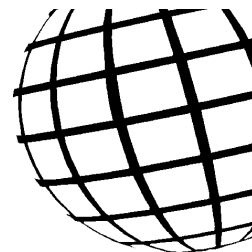


Notas sobre el saqueo de antigüedades en Irak y la memoria de Occidente



Emanuel Pfoh*

En marzo de 2003 las tropas norteamericanas comenzaron a ocupar el Irak de Saddam Hussein. Las razones de esta ocupación eran obvias para la dirigencia política y militar de los Estados Unidos: la asunción de la presencia de armas de destrucción masiva hacía necesaria la intervención. El posterior dominio del resto del país, con la subsiguiente captura de Hussein, tuvo como resultado final la previsible inexistencia de dichas armas de destrucción masiva. Sin embargo, las excusas de la ocupación no parecían ser tan importantes como las razones económicas para llevar a cabo una ocupación –al mejor estilo colonial– en nombre de la libertad y la democracia (siempre occidentales, por supuesto)¹.

Precisamente, lo que se puede observar en la ocupación norteamericana de Irak es el avasallamiento de instituciones y prácticas políticas que son consideradas una amenaza para la política hegemónica global de los Estados Unidos, amenaza que tiene menos del clásico e histórico temor europeo-occidental a «aquello que pueda venir de Oriente» que a intereses en el dominio de recursos económicos y de posiciones geopolíticas estratégicas



Precisamente, lo que se puede observar en la ocupación norteamericana de Irak es el avasallamiento de instituciones y prácticas políticas que son consideradas una amenaza para la política hegemónica global de los Estados Unidos, amenaza que tiene menos del clásico e histórico temor europeo-occidental a «aquello que

* Licenciado en Historia / Auxiliar Docente de la Cátedra de Historia General I (Antiguo Oriente), Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación, Universidad Nacional de La Plata; Coordinador del Departamento de Oriente Medio del IRI y Becario de Investigación del CONICET.

1 Cf. Frachon y Vernet, 2006 [2004], esp. 13-36 y 151-163.

pueda venir de Oriente»² que a intereses en el dominio de recursos económicos y de posiciones geopolíticas estratégicas: indudablemente, el gobierno norteamericano –armado de argumentos procedentes de los *think tanks* neoconservadores, especialmente luego del 11 de Septiembre de 2001– tenía como objetivo lograr un control del país y fomentar la creación de la primera democracia «occidental» del mundo árabe que sirviera de ejemplo para sus vecinos. Es evidente, sin embargo, que dicho intento se ha visto enfrentado a una gran serie de conflictos internos que, en suma, hacen del plan norteamericano, si no algo imposible, sí una tarea más que difícil y de muy largo alcance. Es en este contexto de crisis, de invasión militar pero también cultural de Irak, que resulta interesante pensar acerca del saqueo de antigüedades en un territorio que alguna vez un orientalista consideró como el lugar en que «la Civilización» había comenzado³, idea que en nuestros días aún se acepta en varios manuales escolares y académicos. En efecto, el comienzo de esta civilización no podía ser otro que el de la occidental, puesto que –según parece sostenerse en dichos manuales– el estudio del Cercano Oriente Antiguo (= nuestro Medio Oriente contemporáneo) solamente obtiene su justificación intelectual al engarzarlo en una cadena histórica evolutiva que culmina en el Occidente septentrional⁴.

Pasemos a hechos concretos. En un reporte aparecido en el periódico electrónico *The Daily Star – Arts & Culture* en septiembre de ese año, el proceso de saqueo es resumido como “la masacre de la arqueología mesopotámica” (Farchakh, 2004). Es cierto que, en términos de la disciplina de estudios orientales, la calificación de “masacre” parece ser bastante apropiada, en vista de los hechos cometidos por los habitantes del lugar y por las tropas de ocupación militar. Sin embargo, pueden realizarse un número de observaciones de carácter sociológico que, quizás, nos habiliten una percepción de esta situación desde puntos de vista alternativos y que nos permitan reconsiderar las prácticas ilícitas atestiguadas.

De acuerdo con el informe periodístico, el saqueo fue realizado por campesinos e individuos sin ocupación conducidos por “la pobreza, la ignorancia y la codicia”. La fase del saqueo directo, de la destrucción y el robo, es el principio de un circuito comercial que continúa en la actividad de los traficantes de antigüedades y

2 Un temor que quizás podría encontrar su origen –si a hitos históricos nos referimos– en la progresiva expansión del imperio persa hacia el poniente durante el siglo V a.C.: cf. Bengtson, 2002 [1965]. Ciertamente, ese temor en nuestros días está representado por el Islam; véanse las contribuciones en U. Eco *et al.*, 2005 [2002]. Cf. también Said, 1994 [1978].

3 Kramer, 1959. Con otros términos, esto aún puede discernirse en obras mucho más recientes; cf. la síntesis en Nissen, 1995.

4 Para una crítica a esta visión, cf. Pfoh (en prensa)

culmina en las colecciones privadas (como objeto de lujo de individuos adinerados) y en las vitrinas de algunos museos.

El saqueo, por supuesto, no se realiza enteramente de manera pacífica. Los traficantes locales compran la protección armada de los clanes tribales, lo cual conduce al enfrentamiento con las fuerzas de ocupación encargadas de la protección de los sitios arqueológicos y de los museos, los Carabinieri italianos. En un principio, el accionar de estas fuerzas logró disminuir los saqueos; sin embargo, la posterior irrupción de un conflicto entre el ejército shiíta Al-Mahdi y las Fuerzas de la Coalición⁵, atentó contra este esquema de protección. A su vez, condujo a los saqueadores a integrar las fuerzas insurgentes, otorgándole a los saqueos un marcado cariz político, en tanto práctica de reivindicación nacional mediante la apropiación de aquellos objetos apreciados por los invasores. La ironía de esta situación reside en que estos artefactos terminarán eventualmente en manos occidentales.

Hasta aquí el reporte periodístico. Podríamos postular ahora tres interrogantes que surgen de considerar de manera crítica esta situación, interrogantes en los que el ámbito de lo académico no puede escindirse del mundo de la política en el Medio Oriente:

1. ¿Cuál es el rol de los artefactos y antigüedades en los países del Medio Oriente?
2. ¿Qué lugar tienen estos artefactos en la memoria de Occidente y por qué?
3. ¿Qué nuevas disposiciones académicas y políticas deben ser puestas en consideración?

1. Esta primera cuestión es, en verdad, ambigua y depende de los lugares y, esencialmente, de las condiciones socioeconómicas y políticas que tomemos en consideración. Por ejemplo, países como Egipto se valen de las riquezas culturales que su territorio alberga para promover estudios e investigaciones arqueológicas e históricas; no menos para fomentar su explotación como escenarios del turismo internacional⁶. En el moderno Estado de Israel, por su parte, la arqueología es poco menos que un pasatiempo nacional. La relación que la arqueología bíblica ha tenido con la

⁵ Los acontecimientos particulares del enfrentamiento entre facciones de la resistencia y las fuerzas de ocupación no pueden ser comprendidos o explicados de manera acabada sin un entendimiento de la estrecha relación entre religión y política en el Medio Oriente; al respecto, véase Zeraoui, 2004.

⁶ Esta es una razón de peso para sostener una política de repatriación del patrimonio cultural saqueado a los países de origen (países que, usualmente, suelen ser periféricos o “en vías de desarrollo”). La exposición de bienes culturales, mediante una infraestructura apropiada, podría significar un –quizás, modesto, pero ideológicamente importante– modo de fortalecer la economía interna a partir del turismo cultural, algo de lo que Egipto es un modelo ejemplar.

consolidación de la memoria nacional del país, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX, ha sido estrecha; en consecuencia, el turismo arqueológico es percibido como un repaso de la memoria judeocristiana y de los orígenes religiosos de Occidente⁷. Asimismo, es acertado considerar que las narrativas arqueológicas e históricas sobre el pasado más remoto (i.e., bíblico) del país constituyen la esencia y el fundamento último de la política nacional: si existe un Estado de Israel es, en parte, debido a determinadas circunstancias sociológicas e históricas que dieron lugar a la aparición del sionismo en Europa y a la posterior inmigración de judíos hacia Palestina, y en parte también, debido a la idea bíblica de un Estado israelita que alguna vez, hace milenios, fuera establecido por el rey David en la región. La relación entre pasado histórico (y arqueológico) y presente político puede no estar expuesta de inmediato, pero, desde un punto de vista general, constituye la estructura ideológica que sostiene la vida política de la moderna sociedad israelita. Asimismo, es interesante notar el uso que la Autoridad Nacional Palestina está haciendo actualmente –desde hace varios años, por cierto– de su pasado más remoto a través de una similar apelación a la práctica histórica y arqueológica en años recientes. Así pues, ya no existe solamente un conflicto palestino-israelí en términos estrictamente políticos; ahora, la pugna es también ideológica, por la pertenencia del pasado de la región y la adscripción definitiva de sus manifestaciones materiales, esto es, los artefactos arqueológicos (cf. Pfoh, 2005).

2. En general, la importancia del mundo oriental para el imaginario de Occidente se puede retrotraer hasta la época de Alejandro Magno (siglo IV a.C.), cuando su conquista de Oriente sentó las bases para que, en época posterior, las principales ciudades de la región compartieran una cultura común que hermanaba aspectos propiamente orientales con los del mundo helenístico, creándose de esa manera un escenario geográfico que contenía entre sus fronteras los orígenes de la civilización occidental. Esta herencia fue posteriormente legada al imperio romano, especialmente a su sección oriental. Hacia los inicios del siglo IV d.C. aproximadamente, la emperatriz Flavia Helena, madre del emperador Constantino el Grande, institucionalizó el cariz religioso que ciertos lugares (como el Santo Sepulcro en 325 d.C. aprox.) tenían para Occidente. El hito, en esta narrativa de los orígenes de Occidente, lo constituye el notable descubrimiento en 327 d.C. de

7 Puede verse un reciente tratamiento del tema, con especial incumbencia para el conflicto palestino-israelí, en Abu El-Haj, 2001.

la Vera Cruz, el madero con el cual se habría crucificado a Jesucristo. A partir de entonces, el lazo occidental con la ciudad de Jerusalén se cimentó, y dio paso, ya en época medieval, a las Cruzadas como una continuación de esta apropiación espiritual, intelectual y –no menos– material de estos territorios, abarcando lugares, artefactos y todo aquello que pudiese remitir a la historia pasada del cristianismo⁸.

Esta importancia simbólica de Jerusalén se mantiene hasta nuestros días, no sólo por ser la capital del moderno Estado de Israel sino por albergar una carga de significados religiosos y culturales para Occidente que difícilmente puedan ser separados de las razones geopolíticas (cf. Whitlam, 2003; Bar, 2004).

En Occidente –ya lo hemos notado– el artefacto arqueológico posee una considerable apreciación, tanto monetaria como cultural, por el hecho de encapsular en sí mismo un

pasado épico de una manera fetichizada: el objeto es el pasado. Asimismo, esta bivalencia se nos presenta como un Jano bifronte de paradójicas consecuencias: el tráfico de antigüedades en los mercados negros del mundo obedece, y en parte se ve fomentado, por la necesidad que de ellos tienen los museos. La existencia de lugares específicos que –más allá del rol educativo y expositivo general que juegan– constituyen los albergues *apropiados* para estos artefactos, engendra, irónicamente, una práctica delictiva que se ubica en las antípodas de sus objetivos últimos.

En Occidente –ya lo hemos notado– el artefacto arqueológico posee una considerable apreciación, tanto monetaria como cultural, por el hecho de encapsular en sí mismo un pasado épico de una manera fetichizada: el objeto es el pasado. Asimismo, esta bivalencia se nos presenta como un Jano bifronte de paradójicas consecuencias: el tráfico de antigüedades en los mercados negros del mundo obedece, y en parte se ve fomentado, por la necesidad que de ellos



tienen los museos

3. En relación directa con el párrafo anterior, la respuesta al tercer interrogante nunca será definitiva; quizás sea la más difícil de realizar. Es obvia la importancia que los artefactos arqueológicos e históricos poseen para Occidente: la ubicua existencia de mercados negros de antigüedades, así como de museos, nos lo indica constantemente. Por otro lado, estos artefactos se hallan

8 Cf. Hindley, 2004 [2003], especialmente las pp. 33-48 para una revisión de los antecedentes culturales y religiosos de las cruzadas.

originalmente, la mayoría de las veces, en países no-occidentales. Sería impropio aquí sostener que estos artefactos no pertenecen, en primer lugar, a los actuales habitantes del territorio en donde fueron hallados. De igual manera, recurrir a presentaciones que expongan la poca importancia que se les otorga, en ciertas ocasiones, a los artefactos en los países orientales, tampoco justifica la expropiación cultural. ¿Cuál es la respuesta entonces? Quizás no

El Occidente moderno promueve el surgimiento de situaciones, instancias y condiciones socioeconómicas que luego se vuelven en su contra: el valor cultural de artefactos que poseen un lugar en la construcción occidental de su memoria primigenia, se ve transformado en valor comercial por actores extraños en esa autopercepción, pero conducidos asimismo por las condiciones que Occidente impone en la región.



sea un punto de partida definitivo, pero abogar por el término de ciertas prácticas de apropiación imperialista, de parte de Occidente, de aquellos repositorios materiales de lo cultural, así como hacer explícito e inteligible el contexto en que se produce esta apropiación, puede ser un inicio apropiado. Los artefactos pueden ser considerados como de interés cultural tanto

para Occidente como para Oriente, aunque de modos diferenciados. Aún así, debería respetarse la soberanía nacional de los países en los que se encuentran los yacimientos arqueológicos, puesto que –en última instancia– no es nuestra potestad imprimir una valorización anterior a la que es propiamente realizada por los mismos habitantes de ese país.

Este último punto puede verse ilustrado si retomamos el caso específico del Irak post-Hussein. Por cierto, es significativo que buena parte de los saqueadores de artefactos y reliquias sean pobladores rurales de la región de los yacimientos. Saddam Hussein se había comparado alguna vez con el rey Nabucodonosor y su imperio babilónico (siglo VI a.C.), pero los habitantes menos beneficiados de su régimen no parecen haberse sentido partícipes de dicho pasado –aun cuando desde Occidente podamos corroborar pervivencias y continuidades directas a través de los milenios– y, consecuentemente, el saqueo y la destrucción de restos materiales de civilizaciones que habitaron el mismo territorio que ellos, y que constituyen sus antecesores, ofrece mejores oportunidades para escapar a las consecuencias de la guerra. En efecto, esto no debería sorprendernos, puesto que el patrimonio cultural que se encuentra en peligro –o que ya ha desaparecido y se encuentra destruido o en posesión de

alguno de los más importantes museos internacionales– es caro especialmente para Occidente y para las élites de países del Medio Oriente que han sido educadas culturalmente a la manera occidental, en relación con su propia experiencia de construcción de una identidad cultural, experiencia –la occidental– que se acerca muchas veces a una nostalgia histórica por los orígenes. ¿Es que acaso los salvajes iraquíes son incapaces de apreciar el valor cultural de los artefactos arqueológicos que desentierran o roban y ofrecen al mejor postor? Cabría decir que –sin duda– el valor cultural varía de sociedad a sociedad, de comunidad a comunidad, y que aquí lo que en verdad se halla en juego es la propia subsistencia material de los saqueadores, no sus consideraciones sobre su pasado más antiguo o su identidad cultural, tal como la pueden representar estos artefactos. El Occidente moderno promueve el surgimiento de situaciones, instancias y condiciones socioeconómicas que luego se vuelven en su contra: el valor cultural de artefactos que poseen un lugar en la construcción occidental de su memoria primigenia, se ve transformado en valor comercial por actores extraños en esa autopercepción, pero conducidos asimismo por las condiciones que Occidente impone en la región. Similares consideraciones podrían realizarse, por ejemplo, con respecto a las circunstancias en las que los rollos del Mar Muerto en Israel y los documentos cristianos de carácter gnóstico provenientes de Nag Hammadi en Egipto, fueron dados a conocer⁹: no importa lo que los habitantes nativos puedan pensar o sentir acerca de tales manuscritos –de hecho, los consideran un bien de cambio que no posee un valor cultural intrínseco en su sociedad–; Occidente los necesita por lo que atañen a su propia evocación de lo pasado y, así, despoja simbólica, y en especial, materialmente a quienes deberían ser los últimos dueños de estos “artefactos-memoria” (aun cuando ellos no aprecien estos “bienes culturales” del modo en que la academia occidental lo haría). Más aún, cabría preguntarse, con respecto a la historia antigua de Israel: ¿por qué nos importa tanto el pasado de este pueblo oriental? O, mejor dicho, ¿por qué la práctica arqueológica de los territorios palestinos y del moderno Israel es tan controvertida políticamente? (cf. Abu El-Haj, 2001) Por un lado, la autoría de los escritos bíblicos –documentos que, bajo la forma de canon religioso, signaron el ideal de conducta occidental prácticamente durante los últimos dos milenios– y el rol que desempeñaron en la posterior constitución ideológica, religiosa y cultural de las sociedades occidentales, deberían satisfacernos como respuesta. Por el otro, debería reconocerse la relevancia que posee

⁹ Una vieja, aunque aún útil, crónica periodística e histórica del descubrimiento de los rollos se puede encontrar en Wilson, 1995 [1969]; véase ahora Schiffman, 2005, y especialmente, VanderKam y Flint, 2002. Sobre los manuscritos de Nag Hammadi, cf. Pagels, 1996 [1979], esp. pp. 11-39.

esta narrativa de evocación histórica con relación a la actual existencia del Estado de Israel y a la posibilidad de un Estado palestino en la región¹⁰.

En conclusión, sin condonar los actos de saqueo y destrucción –y la violencia implícita en estos actos–, se hace necesario percibir las realidades sociales y culturales que la praxis de la política contemporánea aborda –y los espacios de conflicto que ella misma crea– desde una disposición solidaria con “la perspectiva del nativo”, por hablar en los términos del antropólogo de campo. La ocupación territorial, dictada por consideraciones geopolíticas y fomentada por intereses económicos y políticos, provoca profundas crisis sociales y culturales en la población nativa. La negligencia de las fuerzas de ocupación ante la valorización de los artefactos presa del saqueo se encuentra en un mismo plano operativo que las causas sociológicas que conducen a los pobladores del lugar a alimentar el circuito comercial de antigüedades en el mundo. Si nos enfocamos solamente en los aspectos culturales de este saqueo, es evidente que es Occidente la causa que fomenta el saqueo, puesto que los artefactos involucrados culminan en sus manos; y quienes se ven menos favorecidos por esta actividad son, irremediabilmente, los propios saqueadores, condenados por las propias instancias institucionales que se valen de ellos para hacer “el trabajo sucio”. Es ante esta realidad que los investigadores de lo social deben mantener su crítica. En verdad, la valorización de la reproducción intelectual del pasado más antiguo de Occidente tiene un costo, y ese costo es la propia dignidad de los pueblos afectados en esa tarea.



Bibliografía citada

- Abu El-Haj, N. *Facts on the Ground: Archaeological Practice and Territorial Self Fashioning in Israeli Society*, Chicago, Chicago University Press, 2001.
- Bar, D. Re-creating Jewish Sanctity in Jerusalem: Mount Zion and David's Tomb, 1948-67. En: *The Journal of Israeli History*, vol. 23, 2004, pp. 260-278.
- Bengtson, H. (ed.) *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la edad antigua, I*, (Historia Universal Siglo XXI, vol. 5), Buenos Aires, Siglo XXI, 2002 [1965].

¹⁰ En efecto, un conflicto ideológico palestino-israelí –más allá del exclusivamente político, si cabe tal distinción– puede ser evidenciado en torno a la identidad social del pasado de la región (cf. Pfoh, 2005). También es notable la ambigüedad interpretativa que despliegan ambos bandos en sus discursos políticos. Pero, de hecho, el modo ambiguo y parcializado en que se trata un pasado determinado es, precisamente, la manera habitual en que las sociedades registran su memoria cultural. Al respecto, y en general, véase Candau, 2002 [1996].

- Candau, J. *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002 [1996].
- Eco, U. y otros *Islam y Occidente. Reflexiones para la convivencia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005 [2002].
- Farchakh, J. The Massacre of Mesopotamian Archaeology: Looting in Iraq is Out of Control. En: *The Daily Star – Arts & Culture*, September 21st 2004. En internet: http://www.dailystar.com.lb/article.asp?edition_id=10&categ_id=4&article_id=8536.
- Frachon, A. y Vernet, D. *La América mesiánica. Los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*, Barcelona, Paidós, 2006 [2004].
- Hindley, G. *Las cruzadas: peregrinaje armado y guerra santa*, Buenos Aires, Ediciones B / Javier Vergara Editor, 2004 [2003].
- Kramer, S.N. *History Begins at Sumer*, Nueva York, Doubleday, 1959.
- Nissen, H.J. Ancient Western Asia Before the Age of the Empires. En: Sasson, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, Nueva York, Scribner's Sons, 1995, pp. 791-806.
- Pagels, E. *Los evangelios gnósticos*, Barcelona, Crítica, 1996 [1979].
- Pfoh, E. La historia antigua de Palestina a la luz de las recientes revisiones de la historia antigua de Israel. Aspectos políticos e ideológicos en torno al conflicto palestino-israelí. En: *Relaciones Internacionales*, vol. 28, 2005, pp. 107-126.
- Pfoh, E. ¿Para qué estudiar historia antigua? Hacia una pedagogía de la tolerancia. En: *Revista Cambios y Continuidades* (en prensa).
- Said, E.W. *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1994 [1978].
- Schiffman, L.H. Inverting Reality: The Dead Sea Scrolls in the Popular Media. En: *Dead Sea Discoveries*, vol. 12, 2005, pp. 24-37.
- VanderKam, J.C. y Flint, P. *The Meaning of the Dead Sea Scrolls: Their Significance for Understanding the Bible, Judaism, Jesus, and Christianity*, San Francisco, Harper San Francisco, 2002.
- Whitelam, K.W. Imagining Jerusalem. En: Thompson, Th.L. (ed.), *Jerusalem in Ancient History and Tradition*, (JSOTSup, 381 / CIS, 13), Londres, T & T Clark International, 2003, pp. 272-289.
- Wilson, E. *Los rollos del Mar Muerto. El descubrimiento de los manuscritos bíblicos*, (Breviarios, 124), México, Fondo de Cultura Económica, 1995 [1969].

Zeraoui, Z. *Islam y política. Los procesos políticos árabes contemporáneos*, 3ra ed., México, Trillas, 2004.